|  |
| --- |
| **Su silencio me dolía** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 03 / 2006 |
| Trátese de palmadas o verdaderas palizas, los castigos físicos pueden dejar heridas visibles o palpables que, sin duda, causan dolor. Pero mucho más profundas pueden resultar las huellas que quedan en el alma a partir de palabras mal dichas, juicios injustos o exagerados o, lo que es peor, prolongados o inexplicables silencios que suspenden los vínculos, aunque sea temporalmente.  Mis amigos me envidiaban. Algunos decían que darían cualquier cosa porque mi papá fuera de ellos. El mío nunca me puso la mano encima, mientras que los de mis patas usaban una combinación más o menos variada de correas, manos y hasta bastones.  Mis amigos no sabían que yo los envidiaba a ellos. Yo temía mucho más a papá que ellos a los suyos. Porque cuando hacía algo indebido o traicionaba alguna expectativa, recibía una mirada dura seguida de un discurso acerca de todo lo malo que había hecho hasta el momento, además del pecado cometido en la ocasión. Yo me paralizaba y no atinaba a responder nada, ya que eran demasiadas las cosas que se me imputaban y muchas veces no podía relacionarlas con lo que acababa de hacer. Era como un diluvio.  Después no venía ningún castigo, ninguna restricción en mis actividades y ningún límite inusual a lo que podía hacer los fines de semana. Seguía recibiendo propina, yendo al cine, acudiendo a fiestas. Pero mi papá se tornaba seco conmigo y me hablaba sólo para cumplir con los rituales de la buena educación –buenas noches, que te vaya bien, hasta luego- o para despachar cuestiones logísticas inevitables. El resto del tiempo no me hablaba. Y yo vivía con agonía los regresos a casa desde el colegio porque ingresaba en una suerte de exilio emocional doloroso e imprevisible.  Porque eso era lo duro: contrariamente a mis golpeados compañeros que conocían bastante bien sus destinos y que podían acudir a una pomada para hacerlos menos miserables, yo no podía prever la duración de los pesados silencios ni relacionarlos con lo que había hecho.  Recuerdo que una vez, cuando era muy pequeño, papá estaba comiendo y al terminar, imagino que como broma, lamió el plato. Yo comente que parecía un perro. Él se molesto conmigo, quiero decir, se resintió y no me hablo durante todo el día. Obviamente hay muchas cosas que papá me enseño y me dio, pero a costa de mis angustias, comprendí que la disciplina nunca debe ser una cuestión personal, de decepciones o resentimientos.  Todo eso tiene un lugar en las relaciones entre padres e hijos, por supuesto, pero nunca deben ser utilizadas como instrumento de control de nuestras conductas. |
|  |